

Un largo silencio



Francisco Gallardo Sarmiento
Miguel Gallardo



MI PADRE ESTUVO 40 AÑOS CALLADO COMO UNA TUMBA, INTENTANDO NO DECIR UNA PALABRA MÁS ALTA QUE LA OTRA.



TODOS ESOS AÑOS YO CREÍ QUE SE ESCONDÍA DE LA VIDA.



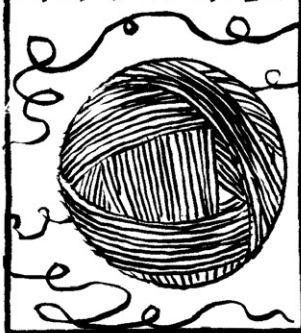
CUANDO AL FINAL HABLÉ, FUE PARA REPETIR UNA VEZ Y OTRA LA MISMA HISTORIA.



UNA HISTORIA QUE A FUERZA DE OÍRLA, SE ME HA QUEDADO GRABADA Y QUE ME HA DESCUBIERTO, AL HOMBRE DETRÁS DE LA SOMBRA.



ÉSTA ES LA MISMA HISTORIA QUE ME CONTÓ MI PADRE UNA Y OTRA VEZ.



HECHA DE TROZOS Y RETALES, DE PIEZAS QUE NO ENCAJAN, PERO QUE YO SÉ QUE ES CIERTA.



Y ASÍ VOY A INTENTAR CONTARLA, DÁNDOLE A MI PADRE UNA VOZ...



UNA VOZ QUE CUENTA UNA PARTE DE LA HISTORIA CADA VEZ MÁS OLVIDADA, PERO QUE LOS QUE LA VIVIERON LA RECORDARÁN PARA SIEMPRE.



MI PADRE FUE UNO DE ELLOS Y ESTE LIBRO ESTÁ DEDICADO A ÉL, PARA DEVOLVERLE EL REGALO QUE ME HIZO ENSEÑÁNDOME SU VIDA Y LA DIGNIDAD Y HONRADEZ QUE ESCONDÍA.





Como prólogo a estas memorias, diré que me tocó vivir la guerra civil en el lado de los que nunca habían tenido ni tenían nada, y siendo yo uno de ellos, defendí la República hasta que se acabó la guerra civil entre los dos bandos que luchaban (unos para mantener sus privilegios y otros para tener derecho a vivir y que los bienes materiales se repartiesen de una manera más equitativa). Nunca he pertenecido a ningún partido político.

RECUERDOS DE MI PRIMERA INFANCIA

Nací en Linares (Jaén), pueblo andaluz y minero, el 14 de noviembre de 1909.

Mi padre, después de hacer la guerra de Cuba y Filipinas, se licenció como sargento mutilado de guerra, a consecuencia de una herida en el brazo derecho, quedándole éste inútil. Se le concedió una cruz pensionada vitalicia de 2,50 pesetas mensuales y una mención honorífica.

Mi padre conoció a mi madre en Linares, estando trabajando en una mina en el término municipal de Vilches. Esta mina de galena argentífera se llamaba La Española.

Al tener mi madre su primer hijo, tuvieron que sacárselo con fórceps, naciendo muerto y haciéndole un orificio de un duro (de aquellos tiempos), teniendo que llevar de una forma continua una sonda para poder orinar, cogida a una bolsa de goma sujeta a su pierna.

Al quedar embarazada de su segundo hijo, y dado lo mal que se presentaba el parto debido a su mal estado de salud, mi padre tuvo que llevarla a Madrid, teniendo que vender todos los bienes que tenía para sufragar los gastos de estancia y operación, naciendo su segundo hijo y mi hermano mayor, en el hospital del distrito de Palacio en Madrid.

Al quedarse embarazada de su tercer hijo (el que suscribe estas memorias) y dado que no disponía de medios para trasladarse a Madrid, lo tuvo en Linares y de una forma normal, pero quedando en unas condiciones de salud muy precarias, debido al primer parto.



Mi madre y yo
con 8 meses





Mi madre murió a los 27 años, teniendo yo tres años y mi hermano mayor cinco. Recuerdo, por habérselo oído contar a mi abuela, que al ver que mi madre no se encontraba muy bien, llamaron al médico. Cuando llegó éste, mi madre estaba sentada en una silla, y con unos colores de cara que parecía que no estaba enferma. El médico, al entrar en la habitación y ver a mi madre, preguntó: "¿Dónde está la enferma?". Aquella tarde murió.



Mi padre en la guerra de Cuba



Una vez fallecida mi madre, mi padre pudo conseguir alquilar un local en la estación de ferrocarril de Vadollano. Esta estación estaba situada en la línea de Madrid a Sevilla, entre las estaciones de Vilches y Baeza; había un depósito de máquinas MZA (Compañía de los ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y Alicante). Todos los vecinos de Vadollano trabajaban en el depósito de máquinas menos mi padre y su familia.

En el local ya mencionado se ubicó una tienda de ultramarinos, en la cual mi padre vendía de todo. Como solamente existía esta tienda, todo el personal de la reserva venía a comprar a ella.

Junto con mi padre vivía mi abuela de 65 años (madre de mi madre) y un hermano de mi madre de 16 años. Al marcharse mi padre, abuela y tío a Vadollano, mi hermano y yo, de cinco y tres años, quedamos a cargo de un hermano de mi madre, casado, sin hijos y de profesión oficial de albañil.

Vivíamos en unas condiciones muy precarias en una habitación de 3 x 4 metros con dos camas. En una de ellas dormían mis tíos, en la otra dormíamos mi hermano y yo. Mis tíos no pagaban alquiler, pues la casa de dos pisos en que vivíamos era propiedad, la mitad, de mi abuela, y la otra mitad, de un hermano suyo.

En esta casa, entre familiares de mi abuela y de su hermano, vivíamos unas veinte personas. La casa no disponía de agua corriente, había un pozo en el patio, una sola cocina para toda la casa y solamente un water sin agua para todos.

Mis tíos se quedaron con mi hermano como hijo adoptivo y yo me quedé con ellos de una forma provisional para poder ir al colegio. A mi hermano lo pusieron los tíos en un colegio donde



los niños que iban eran de clase media, a mí me pusieron en uno donde iba gente pobre. Pagaba dos pesetas mensuales, mi hermano nunca supe lo que pagaba, pues nunca me lo dijeron.

Los sábados, cuando yo salía del colegio, iba a buscar a mi hermano al suyo y cogíamos un trenillo que había de Linares a Vadollano y pasábamos el domingo en la tienda con mi padre, abuela y tío. Me acuerdo de que, cuando iba al colegio a buscar a mi hermano, me daba envidia al ver éste y pensar en el que yo iba. El domingo por la noche nos acompañaba hasta Linares mi tío Miguel en el mismo tren en que habíamos venido (un tren de los primeros tiempos del ferrocarril) y nos llevaba al cine. Dormíamos en una cama de una habitación que la abuela tenía reservada de las tres que constaba la planta baja de la casa. En la tercera habitación vivía otro tío mío, también albañil, que tenía seis hijos (ahora figúrense ocho personas viviendo y durmiendo en una habitación de 3 x 4 metros).

Pasaron cuatro o cinco años y mis estudios primarios fueron bastante bien, pues me gustaba estudiar. Mi hermano también prosperó en sus estudios y los tíos lo pusieron, terminado el periodo de primera enseñanza, a estudiar en la Escuela Industrial. Hay que tener en cuenta que Linares en aquellos tiempos era un pueblo de 60.000 habitantes y que, además de la Escuela Industrial, tenía Escuela de Ayudantes de Facultativos de Minas e Instituto de Segunda Enseñanza. También se puede decir como cosa notable que en Linares había tranvías que llevaban a los mineros a las minas e iban a Baeza y Úbeda, pueblos cercanos a Linares.

Ocurrió un suceso que cambió completamente mi vida. Un buen día trajeron al tío Miguel desde Vadollano con unas fiebres tifoideas y a los veinte días de estar en Linares con nosotros falleció. El fallecimiento del tío Miguel trajo como consecuencia que, al quedarse solos mi padre y la abuela en la tienda, tuviese yo que dejar la escuela y marcharme con ellos a la tienda. Cuando esto ocurrió tenía yo 11 años.



La abuela





Corría el año 1920 cuando marché a Vadollano y, como digo anteriormente, yo tenía 11 años. Al dejar la escuela e incorporarme a la tienda de Vadollano, me costó bastante acostumbrarme a esta nueva vida. En la tienda yo hacía de todo, desde despachar patatas, arroz, judías, 100 gramos de jamón o de queso, o una lata de atún o de tomate, o un litro de aceite o una barra de pan (por las mañanas venía de Linares un señor con un caballo y un serón cargado de pan tierno, el cual vendíamos al personal de la reserva). También vendíamos tabaco, pues mi padre tenía la concesión del estanco.

La tienda estaba ubicada en una casa de planta baja. No había agua corriente ni aseo, cuando teníamos que hacer nuestras necesidades, íbamos a un patio que había detrás de la tienda. En este patio teníamos una cantarera con cuatro cántaros de unos veinte litros cada uno. Yo iba cada día a buscar agua a un aljibe de la reserva que estaba a unos 700 metros de la tienda. Tenía que abastecer de agua para beber y para todos los demás usos, incluso la limpieza de vasos, pues también teníamos bar. Igualmente iba a la estación a buscar sacos de patatas, arroz, judías, etc., que nos llegaban por el ferrocarril desde Linares. Estos sacos pesaban de 80 a 100 kg y yo los llevaba cargándomelos a la espalda.

También hacíamos comidas para los maquinistas. Los expresos Madrid-Sevilla y Sevilla-Madrid cambiaban de máquina en Vadollano. Estas máquinas permanecían veinticuatro horas en la reserva, donde se abastecían de agua y carbón. Al mismo tiempo el maquinista y el fogonero descansaban y dormían en unos dormitorios que tenía la reserva. A este personal le hacíamos la comida. Cuando llegaba el expreso a la estación, yo salía y les preguntaba qué querían para comer y normalmente pedían que



Una gallina de las de antes



les preparásemos un pollo con tomate o guisado. Nosotros disponíamos en el patio de la tienda de unas cuantas gallinas y pollos, cogíamos uno, lo matábamos y después yo me iba con él a una máquina que me abría el vapor y lo pelaba, luego la abuela lo guisaba, después venían a comer, les poníamos una mesa con el pollo, pan y vino y gaseosa. Normalmente cuando acababan de comer, tomaban café. Cuando se nos acababan los pollos, iba yo a los cortijos de los alrededores



a comprar alguno. Un pollo de 1,5 kilogramos valía en aquellos tiempos unas 4 pesetas.

Esta época, a pesar del mucho trabajo que tenía, fue la más feliz de mi vida. No tenía problemas económicos. En aquellos tiempos de bastante miseria yo podía comer lo que me apetecía. Mi padre compraba 25 o 30 jamones de Vich y también salchichón y lomo embuchado, y además compraba para nosotros 3 o 4 jamones de la sierra de Granada, que eran riquísimos.

No íbamos bien de dinero, pues teniendo en cuenta que el personal del depósito que residía en Vadollano cobraba unos sueldos muy bajos y tenía bastantes hijos, compraba al fiado y pagaba una parte de la deuda a fin de mes, había una lista muy grande de deudores. Por todo esto, mi padre tenía que comprar todo pagando mediante letras y, cuando éstas venían, muchas veces no disponíamos de fondos para pagarlas. Entonces yo me iba al banco a Linares para que nos dieran más plazo, a costa de pagar más intereses.

Como cosa notable, puedo citar que uno de mis tíos, que vivía junto con otro hermano suyo en el Brasil, se vino a Linares y, al pasar por Vadollano, nos regalaron un loro. Éste aprendió a decir: "Paco, corre que te pilla la máquina", pues esto me lo decía la abuela cada vez que atravesaba la vía. Como anécdota se puede contar que un día vino un señor

a comprar y, después de pagar, una voz dijo: "¿Has pagado?", y este señor le dijo a mi padre: "Si acabo de pagarle", entonces mi padre le contestó que él no había dicho nada, que había sido el loro. También cantaba "Me gusta a mí Reverte por lo torero, porque tiene cantando mucho salero".

El año 1921 ocurrió el desastre de África, con la toma de Monte Arruit y Annual por los moros. Por la estación pasaban los trenes llenos de heridos procedentes de Ceuta y Melilla, yo me iba a la estación a verlos pasar.

Con unas ruedas acanaladas que había en la estación, me hice un patinete y con él me iba a un cerro que había cerca de la



Maquinista comiendo





El loro



tienda, me pasaba bastante tiempo bajando por el cerro con el patinete.

Más adelante mi padre me compró un balón de reglamento y yo organizaba con los maquinistas algún partido de football en un pequeño campo que había detrás de la tienda.

Como también vendíamos aceite, cuando éste se nos acababa, yo cogía una cántara metálica de unos 28 litros metida en un saco y me iba en un tren de mercancías a Vilches. Antes de llegar había un

molino de aceite y yo me bajaba en marcha del tren, me llenaban la cántara de aceite, y después, con ésta a cuestas, me iba a la estación de Vilches, que estaba a unos 3 km del molino. Allí esperaba a que llegase el expreso Madrid-Sevilla y, como los maquinistas comían en mi casa, me subían a mí y a la cántara en la máquina hasta Vadollano.

Había una finca a unos 5 km de Vadollano con una gran plantación de olivos. Era una finca modelo, pues además de tener dos almazaras para la fabricación del aceite, tenía unos grandes depósitos de vidrio subterráneos y además hacían el refinado del aceite. Cada año, en la temporada aceitera, venía a esta gran finca el dueño, que era un terrateniente y residía en Córdoba. Venía a buscarlo a Vadollano uno de los guardas que tenía en la finca, el cual, como cosa curiosa, había sido una mujer torera que se llamó María Salomé (la Reverte) y ahora era un hombre. Estoy relatando esto porque me acordaré toda la vida de lo que me dijo aquel señor: "¿Tú qué porvenir tienes aquí? ¿Por qué no te marchas y estudias alguna cosa?". En aquella época yo no sabía más que sumar, restar y algo de multiplicar.

Como necesitábamos ir a Linares y no había más que un tren diario, mi padre me compró una bicicleta. Con ella yo iba algún día a comprar carne, salchichas, morcillas, etc., para hacer la comida a los maquinistas y para la tienda.

Como no había ninguna persona en Vadollano representativa, solamente mi padre, éste fue nombrado alcalde pedáneo de Vadollano.

Tendría yo unos 14 años, cuando vino a Vadollano un jefe de estación que tenía 4 hijos, dos niños y dos niñas de 15 y 17 años. Las dos niñas eran muy guapas, sobre todo la más pequeña, que se llamaba Genoveva. Yo me enamoré de ella y, como la



tienda estaba frente a las ventanas de la estación, me pasaba muchos ratos mirando cuando la chica se asomaba a las ventanas. Muchas tardes me iba a la estación para ver si bajaba a pasear. Tuve un gran disgusto cuando trasladaron a su padre y se marcharon.

No teníamos luz eléctrica. Nos alumbrábamos con luces de carburo que iluminaban muy poco. Muchos de los maquinistas organizaban partidas de cartas o de dominó y se pasaban jugando hasta las tres o las cuatro de la madrugada. Mi padre y la abuela se iban a dormir y yo me quedaba hasta que se marchaban. Como consecuencia de esto, de ver tantas horas jugar, yo aprendí a jugar al dominó, al mus, al julepe, a la ligá, etc. Durante el tiempo que jugaban les servía lo que pedían (vino, anís, café...).

Cuando empezaban la partida, les cobraba 0,10 pesetas a cada uno para gastos de alumbrado.

Cerca de Vadollano había un río. El día 1 de mayo venían

cuatro o cinco trenes de Linares llenos de pasajeros que venían a pasar un día de campo. Este día hacíamos una recaudación extraordinaria, debido a que todo el personal que venía de Linares compraba una cosa u otra.

De vez en cuando iba a Linares por la tarde y me quedaba a dormir en casa de la abuela, por la noche iba al cine con un primo mío y por la tarde iba a un quiosquillo de un abuelo muy simpático que vendía novelas y tebeos de segunda mano. Compraba algunas novelas de Nick Carter, de Buffalo Bill y también el Pulgarcito. Todo esto lo coleccionaba en una caja de madera y mi padre también los leía.

Pasaron los años y, cuando tenía 17 años en 1927, una mañana mi padre se puso muy mal. Yo con la bicicleta me fui a Linares a buscar un médico, que vino a verlo y nos dijo que estaba muy grave. Estuvo dos días en coma y después murió.

Como consecuencia de la muerte de mi padre volvió a cambiar mi vida. Los deudores no pagaron y los acreedores se incautaron de



El Madrid-Sevilla





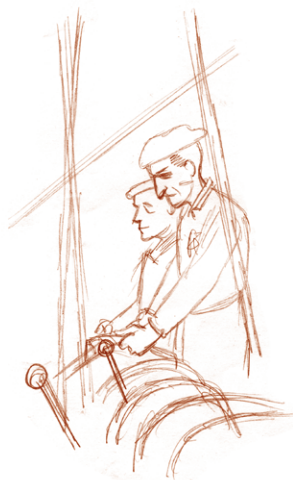
todo lo que había en la tienda. Uno de mis dos tíos que había venido del Brasil y que era soltero se hizo cargo de la tienda. La abuela y yo nos fuimos a vivir a Linares, a la habitación que la abuela tenía en su casa. Nos quedaron unas dos mil pesetas y con ellas empezamos esta nueva etapa de mi vida, sin tener ningún medio para seguir viviendo.

Conocíamos a un señor que era gerente de una fábrica de construcciones metálicas llamada La Constancia y que venía a pescar cada domingo al río de Vadollano. Cuando volvía de la pesca por la tarde, venía a la tienda a tomar una cerveza. Por mediación de este señor ingresé en el taller mecánico como aprendiz de ajustador. Ingresé el 23 de mayo de 1927 y trabajé en esta empresa hasta el 9 de agosto de 1929.

Durante el tiempo que trabajé como mecánico, hice una serie de trabajos, como por ejemplo: cortar ejes calibrados con una sierra de mano, estar a las órdenes de un oficial para llevarle las herramientas, etc. Me di cuenta a medida que pasaba el

tiempo de que yo nunca llegaría a ser un buen mecánico. En aquellos tiempos un buen mecánico ganaba 6 pesetas.

Hice gestiones al empezar el curso 1928-29 en la escuela industrial y me matriculé del primer curso. Al empezar este curso, yo no sabía dividir. Las condiciones en que estudié este primer curso fueron muy malas. Tenía que entrar a trabajar en la fábrica a las 8 de la mañana, salía a las 12, comía y volvía al trabajo a la 1 de la tarde, terminaba el trabajo a las 5 de la tarde. Rápidamente me iba a la escuela, pues a las 6 tenía clase hasta las 10 de la noche. Después me iba a casa, cenaba y estudiaba las lecciones para el día siguiente. Muchos días me daban las 3 de la mañana estudiando,



Aprendiz



todo esto con unas condiciones de vida malas.

Vivíamos la abuela y yo en una habitación de 3 x 4 metros, con una cama de matrimonio en la cual dormíamos los dos, una mesa de madera, dos sillas y una cómoda para guardar la ropa. En el techo de la habitación teníamos una bombilla de diez bujías por la cual pagábamos 2 pesetas mensuales. Yo ganaba como aprendiz

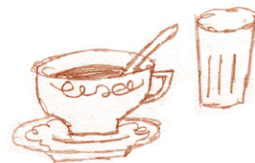


de ajustador 0,50 pesetas diarias, así es que poco a poco nos comíamos las 2000 pesetas que nos habían quedado a la muerte de mi padre.

Gracias al gran esfuerzo que hice, terminé el curso y, de 35 alumnos que éramos, salí el primero de la clase. Al matricularme del segundo curso, me dijeron en la escuela que se habían enterado de que yo era huérfano y que no tenía medios de vida y, dado que el ayuntamiento de Linares concedía dos becas y yo reunía las condiciones suficientes, se me había concedido una de ellas. Esta beca tenía una asignación mensual de 150 pesetas. Cuando supe lo de la beca, me lo pensé y creí que lo mejor que podía hacer era dejar de trabajar y dedicarme sólo a estudiar. El segundo curso ya lo hice más descansado, pues tenía, menos las horas de clase, todo el día para estudiar.

Mi vida durante los estudios era bien sencilla.

Los días de la semana, de casa a la escuela y de la escuela a casa. Los domingos por la mañana me arreglaba, la abuela me daba 2 pesetas y me iba a buscar a dos amigos que tenía. Nos dábamos unas vueltas por la calle principal, entrábamos en un bar y nos tomábamos



Un café



unos chatos de vino con aperitivo, cada uno pagaba una ronda (cada chato valía 0,10 pesetas). Después de comer, iba de nuevo a buscar a mis amigos, entrábamos en un bar, nos sentábamos en una mesa y tomábamos café (un café valía 0,25 pesetas). Del café nos íbamos a la taquilla del cine y sacábamos entrada para la sesión de las 7 de la tarde (una butaca valía 0,50 pesetas), así que de las dos pesetas que me daba la abuela aún me sobraba dinero. Este poco dinero que me sobraba del domingo lo fui ahorrando y lo tenía guardado sin que la abuela lo supiera. De haberlo sabido, se lo hubiera tenido que dar, pues la abuela era muy tacaña. Recuerdo que un domingo, que no tenía suelto para darme las 2 pesetas, me dio 5. Cuando volví por la noche, me dijo que le devolviera las 3 pesetas, le dije que me había gastado 2,5; me armó un tinglado que tuvieron que intervenir mis tíos, que vivían en la habitación de al lado. El primer curso, 1928-29, de nueve asignaturas que tenía el curso, saqué 6 sobresalientes, 2 buenos y 1 aprobado. El segundo curso, de 7 asignaturas, 5 fueron sobresalientes y 2 notables. Durante el curso 1930-31, tuve que pedir prórroga para



Alfonso XIII



incorporarme al servicio militar por razones de estudio. En este curso hubo una crisis económica en todos los ayuntamientos de España y, debido a esto, no pagaban a los empleados y a mí dejaron de pagarme la beca. Nos encontramos la abuela y yo sin ningún medio de vida.

Enfrente de casa vivía una familia que tenía una casa de tres pisos y jardines alrededor, el dueño era un ingeniero industrial y director de la escuela industrial. Cuando se enteró de que no me pagaban la beca, me llamó y me dijo que pasáramos la abuela y yo cada día a comer y a cenar a su casa durante todo el tiempo que durara esta situación. Esta familia se portó conmigo como si yo hubiera sido de su familia. Los veranos me llevaban al campo con ellos. Los recuerdo como si hubieran sido mis padres.

Conmigo estudiaban unos chicos de familias acomodadas que venían de pueblos de la provincia de Jaén y de otras provincias y residían en hoteles de Linares. La mayoría venían rechazados de las escuelas especiales y de las universidades. La mayor parte o no querían estudiar o bien tenían una capacidad intelectual muy baja. En vista de esto, sus padres los enviaban para ver si podían conseguir que tuviesen una carrera, aunque fuese modesta. Dado que sacaban malas notas en la escuela, me pidieron si yo quería darles clase de matemáticas y de física. Les cobraba 15 pesetas al mes por una clase diaria que les daba en el hotel o bien en la escuela industrial. Pedía permiso a la dirección para dar estas clases (y no podía permitirme el lujo de darles las clases sin cobrar nada, puesto que ellos lo tenían todo y yo no tenía ningún medio de vida). Como cosa de broma diré que estos compañeros de estudios me llamaban "el teacher".

El 14 de abril de 1931 se proclamó la República. Me acuerdo de que este día estábamos en la escuela y retiraron de secretaría un gran retrato de don Alfonso XIII y lo subieron a las engolfas.

Lo más triste de mis estudios es que yo, a pesar de mis buenas notas, no tenía a nadie que me animase (la abuela tenía 75 años y no sabía leer ni escribir, e igualmente mis tíos).



LA VANGUARDIA

NOTAS GRÁFICAS

BARCELONA

Jueves 16 de Abril de 1931

CUATRO PÁGINAS

LA PROCLAMACIÓN DE LA REPÚBLICA EL 14 DE ABRIL





Como se ve por todo lo explicado anteriormente, yo me codeaba con los hijos de los señoritos de Linares a pesar de ser tan pobre. Todos ellos pertenecían a Falange Española, muchas veces me dijeron que me afiliase y yo les dije que no quería pertenecer a ningún partido político.

Fueron pasando los años y seguí pidiendo prórrogas para el servicio militar, mi quinta era del año 1930.

En el año 1934 terminé en junio el último curso de la carrera de Técnico Industrial, en la especialidad Eléctrica, habiendo obtenido el mejor expediente académico de todos los alumnos que habían pasado por la escuela desde que se creó en el año 1910, siendo ministro de Instrucción Pública don Julio Burell y Cuéllar.

De 50 asignaturas que constaba la carrera, obtuve 34 sobresalientes, 13 notables, 2 buenos y 1 aprobado.

En el mismo año de 1934, hice el examen de reválida, consistiendo éste en el PROYECTO DE UN ALTERNADOR TRIFÁSICO CON SU DINAMO EXCITATRIZ DE 300 kVA coseno $f = 0,75$, frecuencia = 50 periodos, 375 r/min, 346 A, obteniendo en este examen la calificación de SOBRESALIENTE.

Durante estos años, mi hermano terminó su carrera y, mediante un anuncio, consiguió colocarse en la casa alemana AEG, que fabricaba maquinaria y material eléctrico, marchándose a Madrid. Luego fue trasladado a Valencia, donde se casó. Mi hermano, antes de colocarse, hizo su servicio militar en Madrid.

En el año 1934, cuando acabé de estudiar y acompañado del director de la escuela de peritos, marché a Madrid para ver si conseguía una colocación. Fuimos a visitar al director de la Eléctrica Madrileña, que era un ingeniero industrial y que había estudiado con el director de la escuela. Nos dijo este señor que no había puestos de trabajo. Igualmente estuvimos viendo al director de la Tudor, S. A. y nos dijo igual que el anterior. Así recorrimos Madrid viendo una serie de empresas sin que hubiese medio de colocarse. Todo esto da una idea de los puestos de trabajo que había en aquel tiempo, cuando yo con mi gran expediente académico, acompañado del director de la escuela, visitando a directores de grandes empresas y siendo éstos compañeros de estudio de este señor, no hubo medio de colocarse.



Me quedé en Madrid en casa de mi hermano y, por mediación de éste, entré a trabajar en la AEG como meritorio, o sea, como trabajador sin sueldo.

Al empezar el año 1935, tuve que marchar a Linares, pues en febrero de este año tenía que incorporarme al servicio militar. Tuve la gran suerte de que en la zona de reclutamiento de Úbeda, debido a mi carrera, se me destinase al Grupo Escuela de Información y Topografía en el Campamento de Carabanchel (Madrid). En este grupo se daba clases a generales y jefes de Artillería, disponiendo de secciones topográficas, secciones telemétricas (localización de baterías por la vista) y secciones de localización de baterías enemigas y corrección del tiro por el sonido. Igualmente se calculaban en este grupo el paso de coordenadas geográficas a coordenadas cartesianas rectangulares de todos los vértices de la triangulación de España, tomando como ejes cartesianos el paralelo 40 y el meridiano que pasa por Madrid, pero como de esta forma quedaban muchos puntos de España con coordenadas negativas, se hizo un desplazamiento del origen de los mismos hacia el Mediterráneo de 600 km hacia el sur y 600 km hacia el oeste, de manera que toda España quedase en el primer cuadrante y no hubiese coordenadas negativas.

A primeros de febrero de 1935, me presenté en la zona de reclutamiento de Úbeda (Jaén). Allí nos agruparon a todos los reclutas que íbamos destinados a Madrid y nos llevaron a la estación de Baeza. Nos embarcaron en un tren militar y después de un día y medio de tren (de Baeza a Madrid la distancia es de unos 350 km), llegamos a la estación de Atocha. Nos formaron y un sargento gritó: "Los que vengán destinados al Grupo Escuela de Información y Topografía que den un paso al frente". Salimos seis. Acompañados de este sargento subimos a una camioneta que nos llevó al Campamento de Carabanchel en las afueras de Madrid. Nos hicieron entrar en un



Recluta Gallardo
Sarmiento, 1935





edificio donde había muchas camas y una estufa en el centro. De esta forma empecé mi servicio militar.

Nada más llegar, entró un cabo y nos dijo que los que habíamos llegado nuevos saliésemos. Así es que los que veníamos de la zona de Úbeda y otros cuantos que llegaron de otros lugares de España salimos al patio. Hacía bastante frío. Nos dieron una gran escoba y nos ordenaron que barriésemos el patio y que lo dejáramos bien limpio. Yo, que me había pensado que con mi carrera terminada era el dueño del mundo, entonces me di cuenta de que allí yo no era nadie, nada más que un número, y que un simple cabo podía hacer de mí lo que quisiera.

El segundo día tocaron diana a las 6 de la mañana. Una vez levantados y desayunados, nos llevaron a la peluquería y nos cortaron el pelo al cero. A continuación me destinaron a la cocina y me pasé el día quitando cabezas a las sardinas y pelando patatas. Me lo pasé muy mal.

A partir del tercer día, nos dieron el uniforme y hacíamos instrucción por la mañana, y por la tarde nos destinaban a trabajos del cuartel.

Cuando terminamos el periodo de instrucción, fui destinado a la sección de Localización de Baterías por el Sonido.

Desde el primer momento, vi que me iba a pasar todo el servicio militar haciendo guardias y servicio de cocina y barriendo el cuartel. Como tenía un título académico, yo podía en aquellos tiempos hacerme Oficial de Complemento. Lo solicité y fue aprobada mi solicitud. A partir de entonces me rebajaron del trabajo mecánico y solamente hacía guardias. Asimismo me rebajé de rancho y me daban 2,50 pesetas diarias por no comer en el cuartel. A partir de la una de la tarde me iba a comer a casa de mi hermano. Por la mañana, a otro soldado, que era ayudante de facultativos de minas, y a mí nos daba clase un teniente. Fui ascendido a Cabo de Complemento el 1 de septiembre de 1935. A partir de mi ascenso a cabo, me nombraron jefe de un pelotón de reclutas para enseñarles la instrucción.

En el cuartel había unos 15 caballos para que el jefe del grupo y los oficiales pudiesen practicar la equitación. Al ascender a cabo, me dijeron que tenía que aprender a montar a caballo y cada día un sargento, que montaba muy bien, al otro chico y a mí nos sacaba del cuartel y nos hacía montar durante una hora. Los primeros días lo pasaba muy mal, pues me salieron llagas.



Un buen día me nombraron visita de hospital. Teníamos que ir un soldado y yo a caballo al hospital de Carabanchel, que estaba a unos 4 km del cuartel. Cuando fuimos, la cosa fue muy bien, vimos a los soldados del grupo que estaban internados, pero cuando regresamos hacia el cuartel y los caballos se dieron cuenta, salieron a galope tendido y el soldado que iba detrás de mí me decía: "Agárrese bien, que se caerá". Entré en el cuartel agarrado al cuello del caballo.

Fui ascendido a sargento el 1 de noviembre de 1935. Mi paso como sargento por el cuartel fue normal. Hice un par de guardias y di unas cuantas clases a soldados analfabetos.

Cuando me puse los galones de sargento, tomé el tranvía hacia Madrid y en la Gran Vía me encontré con un conocido que estaba casado con la hija del director de la Escuela de Peritos de Linares. Este me dijo: "Tenemos que celebrar el ascenso". Nos metimos en el bar Iruña en la Gran Vía y allí estuvimos tomando cervezas y aperitivos bastante tiempo. Yo le dije que me tenía que marchar, pues mi familia pensaría que me había ocurrido algo. Mandó un botones del bar a casa de mi hermano para que no se preocupasen. Del bar nos fuimos a un restaurante a cenar y después a un cabaret que había en la Gran Vía cerca de la Puerta del Sol. Este cabaret se llamaba Lido. Al intentar entrar, como yo iba con el uniforme de sargento, el



La estufa



portero le dijo a mi amigo que estaba reservado el derecho de admisión y no estaba permitida la entrada más que a oficiales. Mi amigo, que había tomado unas cuantas cervezas de más, tuvo un fuerte altercado con el portero; éste al final nos dejó entrar. Este cabaret era de lujo, las señoras iban con traje de noche. Nos sentamos en una mesa y a continuación vinieron dos señoras y se sentaron con nosotros. Tocaron un vals y mi amigo salió a bailar con una de ellas; yo, como no sabía bailar, me quedé sentado. Allí estuvimos hasta las cuatro de la mañana, en que nos dijeron que iban a cerrar y que nos teníamos que marchar. De allí nos fuimos al Villa Rosa, un sitio de Madrid



donde acababan sus noches de juerga los madrileños y los de provincia. Mi amigo iba que no sabía lo que hacía, pidió unos chatos de manzanilla. A todo esto eran las 7 de la mañana y yo tenía que coger una furgoneta de suboficiales que salía cada día a las 8 de la mañana de la Plaza Mayor, además yo tenía que ser presentado como sargento por el comandante a la batería del grupo escuela aquel día. Como no me dejaba marchar, aprovechando que fue al water, lo dejé plantado y me marché a coger la furgoneta. Nada más subir a ésta, empecé a devolver y, cuando llegué al cuartel, me tuvieron que acostar y no se pudo hacer mi presentación como sargento.

Ascendí a brigada el 1 de diciembre de 1935. Como brigada hice una guardia y como cosa notable puedo contar que, como estaba el campo de tiro cerca del cuartel, a menudo pasaban frente al mismo fuerzas armadas y yo, cada vez que esto ocurría, tenía que formar la guardia y la primera vez la formé sin armas. El cabo me dijo: "Mi brigada, ¿no cree usted que había que formar con armas?". Yo enseguida les hice coger los fusiles. Fui licenciado en febrero de 1936 como Alférez de Artillería de la Escala de Complemento.



Alférez Gallardo,
1936



Como cosa curiosa, el examen para Alférez de Complemento no lo pude hacer en el Grupo Escuela de Información y Topografía, dado que en este grupo no había piezas de artillería. Por este motivo, otro artillero y yo nos tuvimos que trasladar para examinarnos al Regimiento de Artillería a Caballo que estaba al lado de nuestro cuartel. El examen consistió en unos ejercicios de álgebra y trigonometría, localización de una batería enemiga por el sonido y el emplazamiento de una batería en la carretera de Extremadura, suponiendo que se producía un ataque hacia Madrid por la mencionada carretera. Esto ocurría en enero de 1936, en diciembre de este mismo año las fuerzas de Franco atacaban Madrid por esta carretera.